

tensión forestal de un millar de kilómetros cuadrados que apenas ofrece algunos claros donde el hombre se ocupa en arañar el suelo para depositar en él la semilla que se reproducirá al céntuplo, si las hierbas locas no lo sofocan inmediatamente. En Colombia hay aglomeración de cabañas habitadas por pescadores que no tienen otros jardines que cestos llenos de tierra colgados de las ramas de los grandes árboles.



REPARTO DE LOS HOMBRES

La geografía no es una cosa inmutable; se hace y se rehace todos los días, y a cada instante se modifica por la acción del hombre.

CAPÍTULO II

HORROR Y ESPLENDOR DE LAS CIUDADES.
 INMIGRACIÓN DE LOS CAMPESINOS. — REPARTO DE LAS CIUDADES.
 RED DE ETAPAS. — CRECIMIENTO NORMAL Y ANORMAL.
 ORIGINALIDAD DE LAS CIUDADES.
 CIUDADES POLÍTICAS, MILITARES É INDUSTRIALES.
 ORGANIZACIÓN URBANA. — HIGIENE Y ARTE. — CIUDADES-JARDINES.

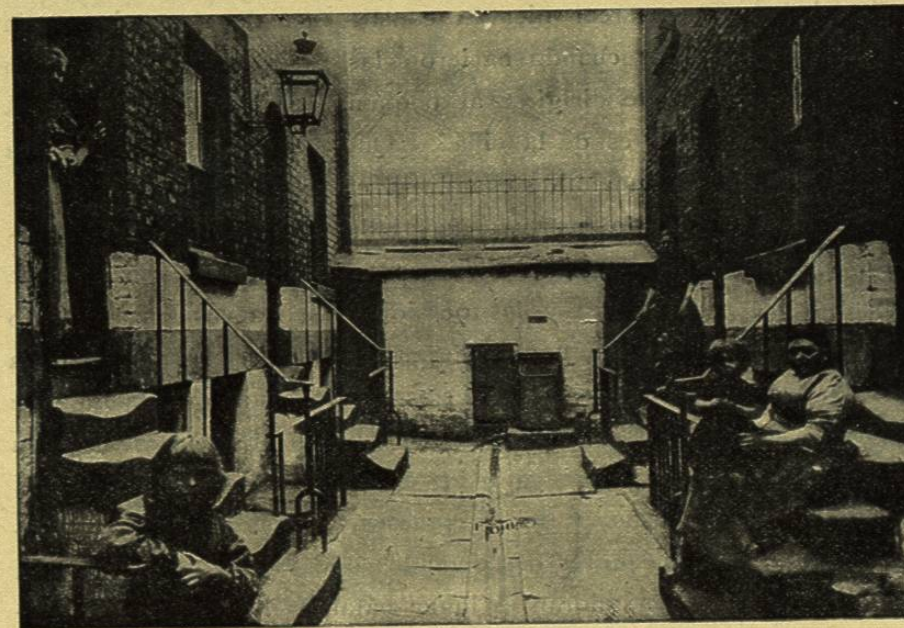
A la fuerza de atracción natural del suelo que tiende á repartir normalmente los hombres, á distribuirlos de una manera rítmica sobre toda la Tierra, se une en el mundo moderno una fuerza completamente opuesta en apariencia, la que agrupa centenas de millares y hasta millones de hombres en ciertos puntos estrechos alrededor de un mercado, de un palacio, de un foro ó de un parlamento. Hay ciudades, ya considerables al principio de la era de las vías férreas, que se convierten en ciudades

inmensas, en montones de casas alineadas, recorridos por una red infinita de calles y callejuelas, de bulevares y de avenidas, sobre las cuales pesa durante el día una cúpula grisácea de humo, y por la noche se eleva un resplandor, que ilumina el cielo. Las Babilonia y las Nínive de la antigüedad asombraron á los pueblos; pero ¡cuánto más grandes, complejas y bullidoras de materia humana y de máquinas prodigiosas son las Babilonias modernas, que unos maldicen y otros celebran! Rousseau, deplorando el envilecimiento de tantos campesinos que van á perderse en las grandes ciudades, llama á éstas «Golfos de la especie humana», en tanto que Herder ve en ellas los «Campos atrincherados de la civilización». He aquí cómo las juzga Ruskin¹, dirigiéndose á la ciudad que en nuestros días es la mayor y no la peor de todas, la capital del inmenso imperio británico: «Hacer dinero es el gran juego de los Ingleses. Véase esa enorme, esa sucia ciudad de Londres, ruidosa, humeante, hedionda, feo montón de ladrillos recalentados que exhalan veneno por cada poro. ¿Imagináis que sea una ciudad de trabajo? ¡Ni una de sus calles! Es una gran ciudad de juego, pero un juego muy feo y laborioso y que, no obstante, no es sino un juego... Es una gran mesa de billar sin bayeta con bolsas tan profundas como el insondable abismo, pero billar al fin». Es verdad; se justifican todos los vituperios de los que maldicen, pero también todas las exaltaciones de los que glorifican. ¡Cuántas fuerzas vivas se han extinguido por falta de aplicación, ó se han destruído recíprocamente por el odio en esas ciudades de aire impuro, de mortales contagios, de luchas desordenadas! Pero también de esas reuniones de hombres han brotado las ideas, y allí se han originado nuevas obras y han estallado las revoluciones que han desembarazado á la humanidad de las gangrenas seniles. «Hay en el mundo una fermentación infernal», exclama Barbier, y, por su parte, Hugo magnifica ese mismo París en versos entusiastas: «París es la ciudad madre... adonde para nutrirse de la idea acuden las generaciones».

La obra múltiple de las ciudades, para el bien y para el mal, se representa en las pasiones y en la voluntad de las gentes que

¹ *The Crown of the wild Olive*, ps. 31, 32. — Edit. de 1897.

huyen del campo y de las pequeñas poblaciones en busca de una vida más amplia, soliendo hallar en una gran ciudad el abatimiento y la muerte. Pero sin ocuparnos de los atrevidos innovadores que se dirigen voluntariamente hacia tal ó cual Babilonia moderna, han de tenerse en cuenta los innumerables que son conducidos hacia los centros de población, quedando allí como aluviones que arrastrara



Cl. W. Swift.

UN RINCÓN DE LIVERPOOL

Un retrete, una fuente y un depósito de basura para doce casas.

la corriente para abandonarlos sobre las playas: los campesinos despojados jurídicamente de su tierra por la conveniencia de algún gran propietario ó por el capricho del señor que transforma sus campos en terrenos de pasto ó de caza; los domésticos rurales que la gente de la ciudad atrae á su rededor; las nodrizas que reemplazan á las madres; los obreros, soldados, empleados y funcionarios á quienes se asigna una vivienda en la gran ciudad y, en general, todos los que, obedeciendo á unos amos ó al amo más imperioso, la necesidad económica, aumentan forzosamente la población urbana.

De burla puede calificarse el lenguaje de los propietarios moralistas que aconsejan á los campesinos que queden sujetos á la tierra, cuando por las mismas exigencias les desarraigan y les crean condiciones de vida que les obligan á huir hacia la ciudad. ¿Quién suprimió los comunales, quién redujo y después abolió completamente los derechos de uso, quién roturó los bosques y los eriales, privando así al campesino del combustible necesario? ¿Quién cercó la propiedad para marcar bien la constitución de una aristocracia territorial? Después, cuando nacieron las grandes industrias, ¿no cesó el propietario de dirigirse al pequeño hilador del campo y á los humildes fabricantes de la villa? ¿Qué extraño es que la huída hacia la ciudad sea inevitable cuando el campesino no tiene ya tierras comunales, cuando las pequeñas industrias han llegado á faltarle, cuando los recursos disminuyen al mismo tiempo que se aumentan las necesidades y las ocasiones de nuevos gastos? No utilizando ya el señor de una manera permanente la mano de obra agrícola, ésta se ve forzada á desterrarse, condenada por la falta de trabajo. Cuando el propietario necesita muchos brazos para la siega ó la vendimia, no se dirige ya á los antiguos clientes de su tierra, sino á los advenedizos, á los Irlandeses, á los Flamencos, á los «Gavachos», á trabajadores desconocidos que vienen no se sabe de dónde, de quienes se ignoran el lugar natal, la lengua, las costumbres y que desaparecen sin dejar huellas.

De ese modo el gran número de los inmigrantes atraídos hacia el torbellino de las ciudades obedece á una ley más poderosa que su voluntad: su capricho personal no tiene más que una parte muy secundaria en la fuerza que le ha solicitado. En cuanto á la proporción, relativamente poco considerable, de los fugitivos del campo que se dirigen voluntariamente hacia las ciudades, se descompone en elementos de valor muy desigual, porque si cada uno quiere buscar allí su alegría, su interés y una satisfacción más intensa de su vida personal, este ideal varía absolutamente según los individuos, y los hay que se abandonan á una especie de afán inexplicable en apariencia. Admira ver en las montañas del Jura, en los Pirineos ó en los Cevennes algunas casitas admirablemente situadas, cuyos propietarios legales las dejan arruinarse, á pesar de tener

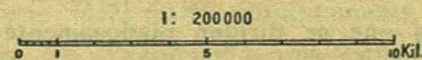
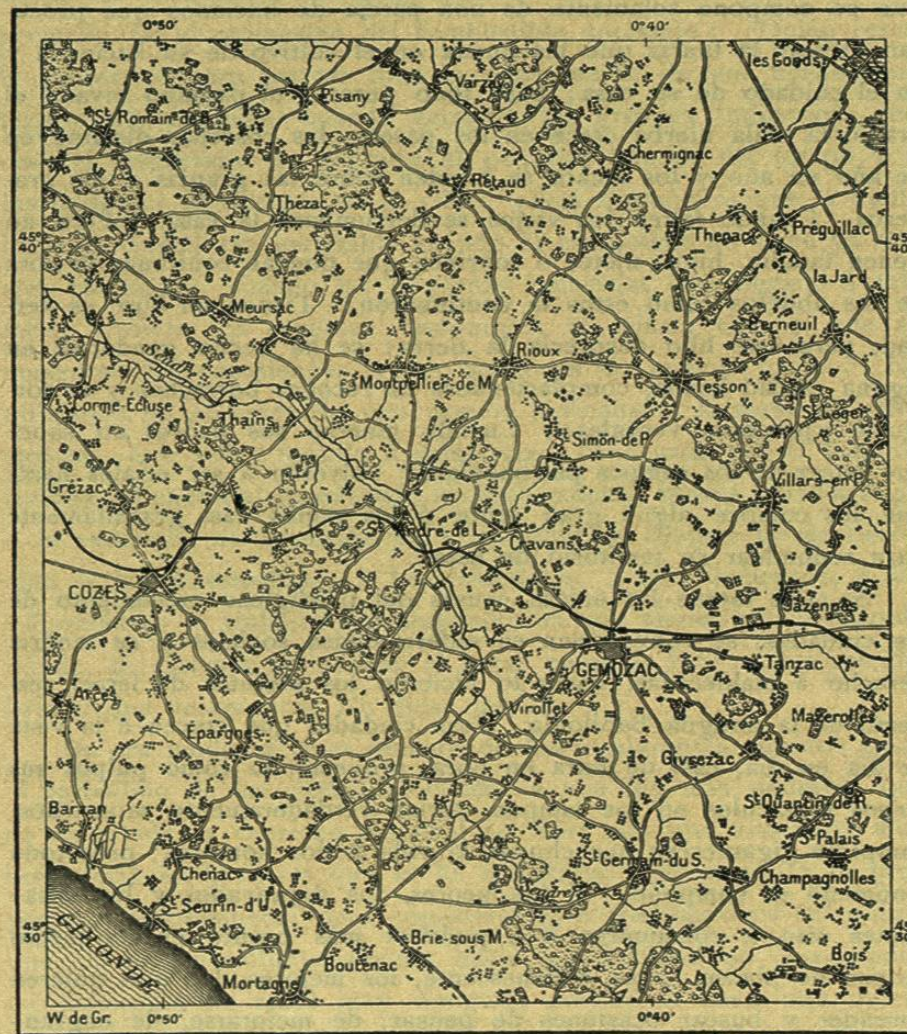
en su ventaja todo lo que puede hacerlas dignas de ser conservadas y amadas: á su lado, sombreando el techo, se eleva el árbol patrimonial; una fuente de agua pura mana en un pliegue de la pradera; todo lo que se ve desde el umbral, jardín, huerto, prado, campos y bosquillos pertenecían y aun pertenecen á la familia, que se compone solamente de una pareja de ancianos que procuran utilizar la fuerza que les queda en el cultivo de su hacienda y en el cuidado de su casa; pero todo perece, el pantano invade el prado, la mala hierba crece en los paseos, las cosechas disminuyen de año en año y los techos se hunden sobre las granjas y los graneros. Cuando falten los viejos se derrumbará la casa. ¿Pero no tienen familia, hijos, nietos ó sobrinos que puedan continuar la obra de los abuelos como éstos la continuaron? Tienen un hijo, es verdad, pero este hijo desprecia la tierra: se ha hecho gendarme en alguna ciudad lejana, complaciéndose en recoger borrachos y en formular «procesos verbales». Cuando mueran sus padres no sabrá qué hacer de los campos patrimoniales: volverán á ser eriales hasta que los compre algún gran señor ó los reciba casi gratuitamente para redondear su territorio de caza.

Si tales fueran las únicas causas del prodigioso crecimiento de las ciudades, se convertirían en enfermedades sociales y se tendría derecho á maldecirlas, como lo hicieron los profetas de Israel respecto de la antigua Babilonia. Esas ciudades que crecen á la vista de día en día, casi de hora en hora, proyectando como pulpos sus largos tentáculos en los campos, serían verdaderamente monstruos, vampiros gigantescos que chupan la vida de los hombres; pero todo fenómeno es complejo. Si los peores, los depravados y los decadentes van á consumirse ó á pudrirse más pronto en un medio furioso de placer, ó ya delicuescente, los mejores, los que quieren aprender y buscar ocasiones de pensar, de mejorarse, de engrandecerse como escritores, como artistas y aun como apóstoles de alguna verdad, los que se dirigen piadosamente hacia los museos, las escuelas, las bibliotecas y reaniman su ideal al contacto de otros hombres igualmente prendados de grandes cosas, esos son también los inmigrantes de las grandes ciudades, y gracias á ellos continúa rodando el carro de la civilización humana á través de las

edades. Cuando aumentan las ciudades, la humanidad progresa; cuando disminuyen, el cuerpo social amenazado regresa hacia la barbarie.

Antes de haberse dado la pena de reflexionar, puede fácilmente

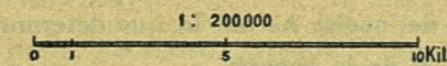
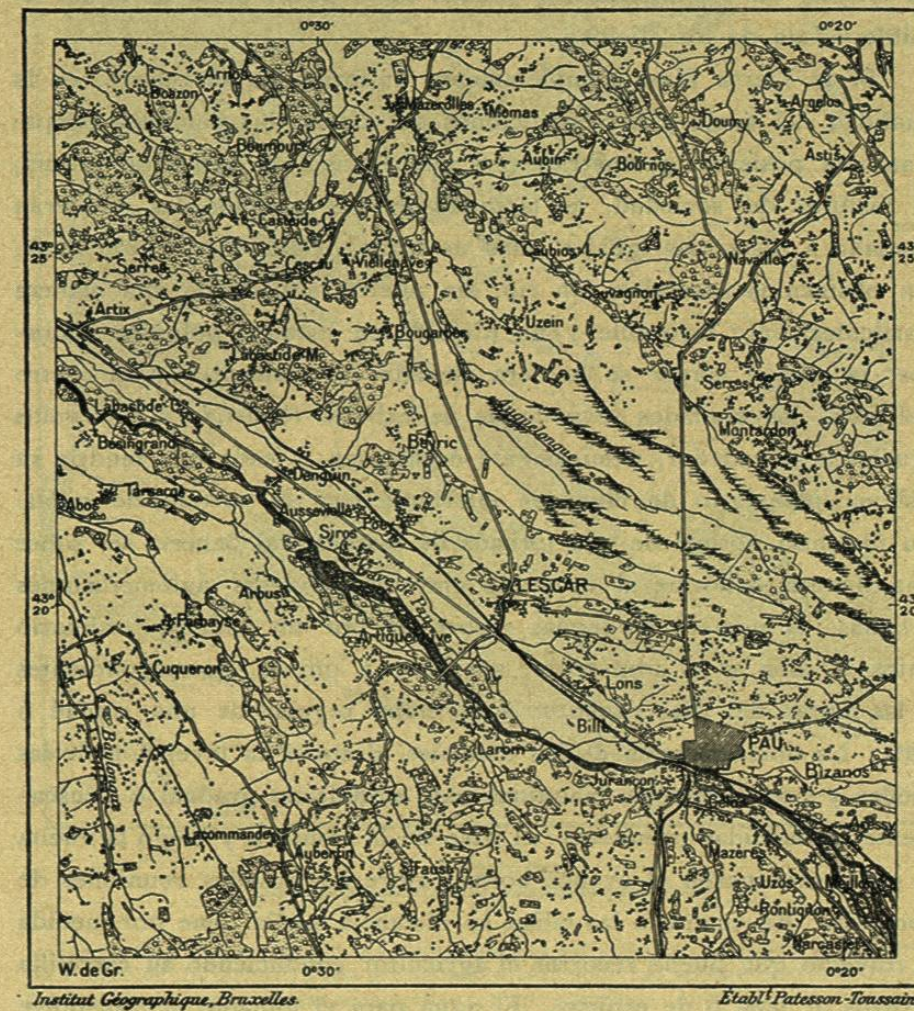
N.º 483. Ciudades normalmente espaciadas.



imaginarse que las ciudades se hayan distribuido á la casualidad, y muchas tradiciones nos hablan de fundadores de ciudades que se entregaban al destino para la elección del terreno donde habrían

de establecerse los hogares domésticos y donde se elevarían las murallas protectoras: del vuelo de las aves, de la parada de un ciervo perseguido, del choque de un barco contra la costa se hace depen-

N.º 484. Ciudades anormalmente espaciadas.



der la construcción de una ciudad. La capital de Islandia, Reykjavik, nació por la voluntad de los dioses ¹. En 874, cuando el fugitivo Ingolfr, al llegar á la vista de Islandia, lanzó al mar las imágenes de

¹ Labonne, *Annuaire du Club Alpin*, 1886.

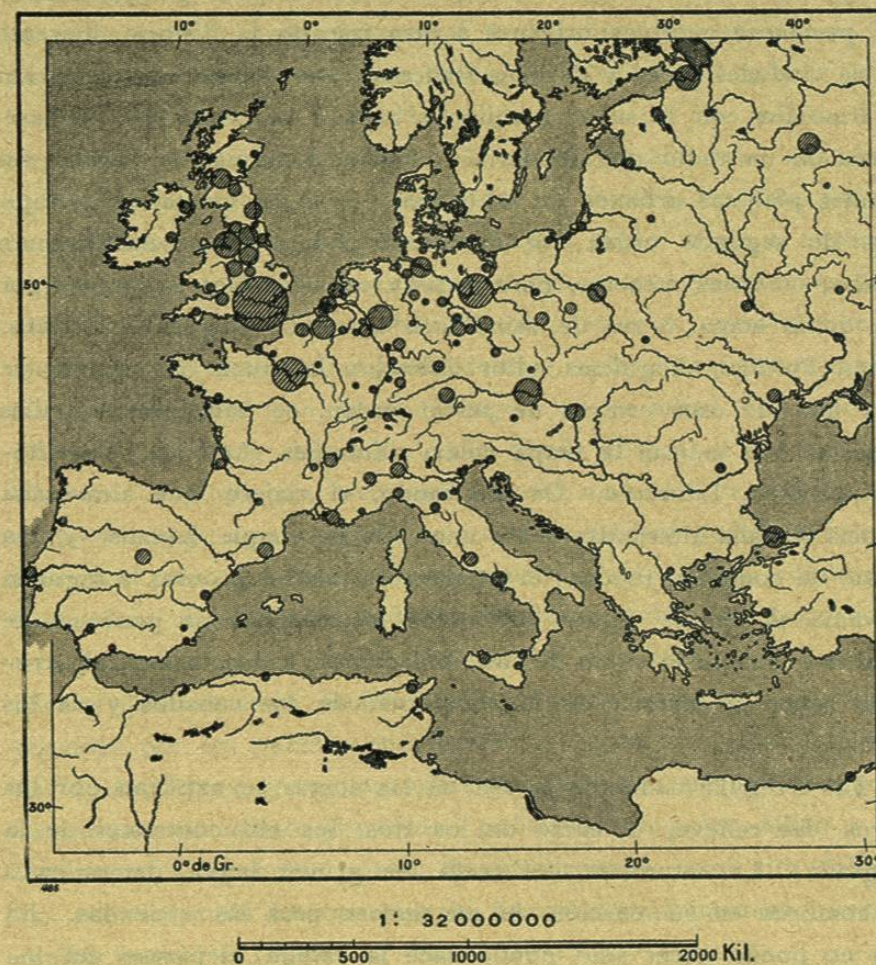
madera que representaban los ídolos del hogar, trató de seguirlos, pero en vano, porque los perdió de vista, y se vió obligado á fundar en la orilla un campamento provisional, hasta que, tres años después, encontró las maderas sagradas cerca de las cuales transfirió su ciudad, tan ventajosamente situada como puede serlo en aquel temible «País de los Hielos».

Si la Tierra fuera completamente uniforme en su relieve, en la cualidad del suelo y las condiciones del clima, las ciudades ocuparían una posición geométrica por decirlo así: la atracción mutua, el instinto de sociedad, la facilidad de los cambios las hubieran fundado á distancias iguales unas de otras. Dada una región llana, sin obstáculos naturales, sin río, sin puerto, situada de una manera particularmente favorable y no dividida en Estados políticos distintos, la ciudad mayor se hubiera elevado directamente en el centro del país; las ciudades secundarias se habrían repartido á intervalos iguales á su rededor, rítmicamente espaciadas, y cada una tendría su sistema planetario de ciudades inferiores con su cortejo de villas. La distancia normal de una jornada de marcha, tal debería ser sobre una llanura uniforme el intervalo entre las diversas aglomeraciones urbanas: el número de leguas recorridas por un andador ordinario entre el alba y el crepúsculo, sea doce á quince, correspondientes á las horas del día, constituiría la etapa regular de una ciudad á otra. La domesticación de los animales, después la invención de las ruedas y por último las máquinas han modificado gradual ó bruscamente las medidas primitivas: el paso de la montura y luego la vuelta al eje determinaron el avance normal entre las grandes reuniones de hombres. En cuanto á las villas, su distancia media tiene por medida el trayecto que puede recorrer el agricultor conduciendo su carretilla cargada de paja ó de espigas. El agua para el ganado, el transporte fácil de los frutos del suelo, he ahí lo que determina el sitio del establo, del granero y de la cabaña.

En muchas comarcas pobladas desde tiempos remotos y que presentan todavía en la distribución urbana de sus habitantes las distancias primitivas, se halla, en el desorden aparente de las ciudades, un orden de distribución que fué evidentemente determinado por el paso de los caminantes. En la «Flor del Medio», en Rusia,

donde los ferrocarriles son de creación relativamente reciente, en la misma Francia, se puede observar la admirable regularidad con que

N.º 485. Ciudades europeas á partir de 100.000 habitantes.



La superficie de los círculos es proporcional á la población de las ciudades que representan á razón de 150,000 habitantes por milímetro cuadrado. Las aglomeraciones de 100,000 habitantes están representadas en lo posible con sus suburbios. Además, cierto número de ciudades han debido ser fusionadas en un solo círculo. He aquí los grupos: South Shields, Gateshead, Sunderland y Newcastle. — Breston, Blackburn y Burnley. — Halifax, Bradford y Leeds. — Birkenhead, Oldham, Manchester y Liverpool. — Derby, Nottingham y Sheffield. — Wolverhampton, Salford y Birmingham. — Southampton, Brighton y Portsmouth con Londres. — La Haya y Rotterdam. — Gante, Amberes y Bruselas. — Roubaix y Lille. — Altona y Hamburgo. — Schoneberg, Rixdorf, Charlotemburgo y Berlín. — Bochum, Gelsenkirchen, Barmen, Elberfeld, Dortmund, Duisburgo, Essen y Dusseldorf.

se distribuyeron las aglomeraciones urbanas antes que las explotaciones mineras é industriales viniesen á turbar el equilibrio natural